

**Los mejores
CUENTOS
de
FANTASMAS
Y TERROR**

**Serie
Literatura Fantástica**



Montagne R. James
Sheridan Le Fanú
May Sinclair

LOS MEJORES CUENTOS DE FAN- TASMAS Y TERROR 2

Serie Literatura Fantástica
Ediciones XANADU

Quedó hecho el depósito
Que previene la ley 11.723
© by EDITORIAL LA SEÑAL
Moldes 2537 – Capital Federal

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Edición digital: Sargont (2017)

EL CUARTO NUMERO 13

Por Montague R. James



Viborg ostenta en justicia uno de los primeros lugares entre todas las ciudades de Jutlandia. Sede arzobispal, posee una bella catedral, casi enteramente reconstruida, un encantador parque público, y magnífico lago y numerosas cigüeñas. Junto a ella se alza Hald, considerado como una de las más puras joyas de Dinamarca, y no lejos de Finderup, donde Marsk Stig asesinó al rey Erik Glipping, el día de Santa Cecilia en el año 1286. Al abrirse su tumba en el siglo xvii, se dice que en el cráneo de Erik se descubrieron huellas de cincuenta y seis golpes de maza de pico cuadrado. Pero no es mi intención imitar a un guía turístico.

En Viborg hay buenos hoteles; el "Preisler" y el Fénix son recomendables. Pero mi primo, del cual voy a relatar las aventuras, se hospedó en el "León de Oro" en su primera visita a la ciudad. Nunca ha vuelto después y las páginas siguientes justificarán sin duda su decisión.

El "León de Oro" era una de las pocas edificaciones de la ciudad que escaparon al incendio de 1726 —incendio que destruyó la catedral, la Sognekirke, el Raadhuus (Ayuntamiento) y tantos tesoros inapreciables—. Es una vasta construcción de ladrillo, con frontispicio almenado y una inscripción sobre la puerta. Pero las edificaciones del patio interior, donde el autobús deja a los huéspedes, son de estilo rústico, con travesaños negros y blancos, madera y cal.

El sol estaba por desaparecer tras el horizonte cuando mi primo se dirigía hacia la enorme puerta de acceso. La imponente fa-

chada brillaba a los reflejos del sol poniente. El aspecto un tanto insólito del lugar le satisfizo, alegrándose con la idea de alojarse en un hotel tan pintoresco de la vieja Jutlandia.

No fueron precisamente los negocios, en la acepción ordinaria del vocablo, lo que llevó a Mr. Anderson a Viborg. Se dedicaba a investigar la historia de la Iglesia en Dinamarca, y supo que en el Rigsarkiv existían documentos milagrosamente salvados de las llamas, material de gran importancia sobre el último período de la dominación católica en el país. Se había propuesto pasar cierto tiempo —quince días o tres semanas— con la idea de compulsar y tomar notas de los documentos. Deseaba en el León de Oro una habitación lo bastante espaciosa para que le sirviese de dormitorio y de gabinete de trabajo. (Comunicó sus deseos al propietario, y éste le invitó a ver las piezas más grandes de la casa y elegir a su gusto, cosa que Mr. Anderson aceptó.

La planta superior quedó automáticamente descartada, pues le parecía demasiado fatigoso subir tantas escaleras después de toda una jornada de trabajo. En la segunda no había ninguna habitación de las dimensiones requeridas, más en la primera planta, dos o tres cuartos parecían ajustarse a los requisitos solicitados por el cliente.

El propietario recomendó calurosamente la número 17, pero Mr. Anderson le hizo notar que las ventanas daban sobre el muro sombrío de la casa de enfrente, y que la luz natural sería muy deficiente durante el día. Las habitaciones 12 y 14 le agradaron más, pues ambas daban a la calle, y la vista compensaría el ruido.

Elegió la habitación número 12. Lo mismo que las contiguas, tenía tres ventanas, todas en el mismo lado. Muy alta de techo, tenía asimismo una longitud poco corriente. No había chimenea, sino una estufa antigua de hierro forjado, muy bonita, con un adorno en bajorrelieve que representaba a Abraham sacrificando a Isaac, con la inscripción: "I Bog Mose, cap. 22". La habitación no contenía ninguna cosa interesante, salvo un antiguo grabado en color representando la ciudad alrededor de 1820.

Se acercaba la hora del almuerzo. Anderson, después de asearse, bajó al vestíbulo, disponiendo aún de unos minutos de tiempo antes de que tocaran la campanilla anunciando la apertura del comedor: Sin otra intención que la de matar el tiempo se puso a examinar la lista de los huéspedes. Según costumbre danesa, los nombres figuraban escritos en una gran pizarra negra, dividida en columnas y líneas; los números de las habitaciones encabezaban las líneas respectivas. La relación no ofrecía dema-

siado interés. Figuraban el nombre de un abogado, o Sagförrer, un alemán y varios agentes comerciales de Copenhague. El único detalle curioso dejado a la imaginación era la ausencia del número 13 en la lista de las habitaciones. Anderson ya había observado esto en multitud de ocasiones; sin embargo, siempre le había asombrado que esta aversión hacia un número determinado, superstición muy difundida, llegase al extremo de no alquilar una habitación que llevase dicho número. Decidió preguntar al propietario si tanto sus colegas como él habían presenciado un caso en que el cliente rechazase la habitación número 13.

El almuerzo discurrió sin el menor incidente (cuento los hechos tal como me fueron explicados), lo mismo que la tarde, consagrándola Anderson a deshacer las maletas y poner en orden sus ropas, libros y papeles. Hacia las once de la noche decidió acostarse; pero como la mayoría tiene hoy la costumbre de leer unas páginas antes de dormir, recordó que el libro que había empezado en el tren estaba en el bolsillo de su abrigo, que dejara en el perchero de la antesala, junto al comedor.

En menos de un minuto descendió, tomó el libro y volvió a subir. Los corredores estaban bastante bien iluminados, de modo que no le fue difícil volver a su cuarto. Al menos así lo creyó. Al dar la vuelta a la manija, la puerta no se abrió; sin embargo, le pareció oír pasos rápidos en el interior. Sin duda se había equivocado de habitación. ¿Démele estaría la suya, a la derecha o a la izquierda? Echó una ojeada al número; Era el 13. La suya, pues, quedaba a la izquierda, y entró. Mas apenas se hubo acostado, después de leer tres o cuatro páginas del libro, apagar la luz y disponerse a dormir, le vino a las mientes que el número 13 no figuraba en la pizarra, mientras que en realidad había una habitación de dicho número. Lamentó no haberla elegido. Sin duda habría prestado un buen servicio al propietario, el cual hubiese contado que un distinguido caballero inglés la había ocupado durante tres semanas sin dar la menor muestra de desagrado. Posiblemente la había convertido en dormitorio para el servicio o en trastero. Después de todo, quizá no fuese tan espaciosa y agradable como la suya. Miró distraídamente su habitación, medio iluminada por la luz que venía de la culle. Algo le chocó. Un cuarto parece más grande en la penumbra que a plena luz, pero éste daba la impresión de que se había reducido en longitud y ganado en altura. Pero el sueño le vencía poco a poco, hasta que Anderson quedose profundamente dormido.

Al día siguiente de su llegada, Anderson se dirigió al Rigsarkiv

de Viborg. Como siempre ocurre en Dinamarca, fue muy bien recibido y se le facilitaron mucho sus investigaciones. Los documentos que le proporcionaron eran más numerosos e interesantes de lo que creyera en principio. Además de los papeles oficiales, examinó una voluminosa carpeta con el epistolario del obispo Jørsen Friis, último romano que ocupó su sede. Descubrió muchos detalles curiosos, llamados "íntimos", sobre la vida privada y el carácter de diversos personajes. Se hablaba de una casa de la ciudad, propiedad del obispo, el cual no la ocupaba; su inquilino, evidentemente, constituía un obstáculo para los adeptos a la Reforma. Era un sujeto escandaloso, decían sus adversarios, el cual se dedicaba a las prácticas mágicas prohibidas, y que había vendido su alma al diablo. ¡Y qué prueba aplastante de la corrupción y de superstición para la Iglesia de Babilonia que una tal víbora, un vampiro *Troldman* fuese ayudado y recogido por un obispo! Este respondió a las acusaciones confirmando su repudio por las artes mágicas; rogó a sus antagonistas que expusieran los hechos ante; su tribunal espiritual, naturalmente, con objeto de solventar la controversia. Nadie más ansioso que el de condenar a Mag Nicolas Francken si se le facilitaban pruebas de su culpabilidad.

Antes de cerrar la biblioteca. Anderson tuvo tiempo de echar una rápida ojeada a la carta siguiente, escrita por el cabeza de los protestantes, Rasmus Nielsen, que le bastó para imponerse de su contenido; los cristianos ya no estaban sometidos, a las decisiones de los obispos de Roma, y el tribunal del obispo no era, ni podía ser, un tribunal competente para entender en un caso tan grave. Al salir de la biblioteca, Anderson lo hizo acompañado del viejo bibliotecario que cuidaba de ella; mientras caminaban se pusieron, a hablar de los documentos en cuestión.

El señor Scavenius, el archivero de Viborg, si bien conocía perfectamente los distintos papeles que tenía a su custodia, no era profundo conocedor de la época de la Reforma que investigaba Anderson. Mostrose muy interesado en lo que éste le dijo al respecto, asegurándole que pondría la máxima atención en leer su artículo relativo a los documentos de la época.

—Me preocupa lo de la casa del obispo Friis —manifestó—, pues no tengo idea de dónde pudo estar emplazada. He estudiado cuidadosamente la topografía del antiguo Viborg, mas, por desdicha, entre las listas de posesiones, del obispo que conservamos en el archivo, correspondientes a 1560, solo falta la que relaciona sus bienes en la ciudad. Es lástima. Mas confío en que la

encontraré el día menos pensado.

Después de haber dado un paseo por no se qué lugar, Anderson regresó al “León de Oro”, donde le aguardaba la cena, un poco de lectura y la cama. Ya en el corredor, olvidó preguntar al dueño sobre la omisión del cuarto número 13, pero decidió verificar si la habitación existía antes de aludir a ella de algún modo.

No tardo mucho en hallar la solución, Ahí estaba la puerta con el número 13 claramente pintado, y además estaba ocupada, pues al aproximarse escucho rumor de pasos y de voces, o más bien de una voz. Al detenerse un instante cesó el ruido de pisadas, justamente detrás de la puerta; le pareció notar el aliento un poco ronco de una persona muy emocionada.

Al entrar en su cuarto, experimentó la misma curiosa sensación que el día antes; el cuarto le parecía más reducido que cuando lo eligió. ¡Ligera decepción, al fin y al cabo! Pues de desearlo, no le resultaría difícil inclinarse por otra. Mientras tanto, sentía necesidad de algo —un pañuelo, si mal no recuerdo— que contenía la maleta que el mozo había dejado sobre un taburete, junto a la pared, al otro extremo del cuarto, a bastante distancia del lecho. Más le aguardaba otra sorpresa: La maleta había desaparecido. Por el momento imagino que la habría sustraído alguien del servicio, tras dejar el contenido en las gavetas. Pero no había en ellas nada de Jo que guardaba en dicha maleta. Este contratiempo le incomodó. A los pocos instantes descartó la hipótesis del robo; apenas se roba en Dinamarca, pero sin duda se había cometido un error (lo que ya no era tan raro). Determinó poner en conocimiento de la *stuepige* la desaparición que acababa de sucederle.

Con todo, el asunto no corría prisa, y optó por no molestar al servicio, dado lo intempestivo de la hora. Se fue a la ventana —la derecha— y asomose a ella. Al otro lado de la tranquila calle se levantaba una pared lisa; nadie transitaba en una noche oscura como aquella, que no permitía distinguir nada. La lámpara del cuarto, situada inmediatamente detrás de él, proyectaba su silueta en la pared de enfrente. A la izquierda se veía la silueta del hombre barbudo de la habitación número 11, paseando en mangas de camisa; se cepilló el cabello y poco después paseaba en bata. Y a la derecha, la sombra del ocupante del cuarto número trece. El espectáculo resultaba muy interesante. El huésped de la 13, apoyado en los codos, también miraba a la calle. Parecía un hombro alto y delgado. ¿O acaso una mujer? De todos modos, el desconocido acostumbraba cubrirse la cabeza con una especie

de velo, y debía tener una lámpara de pantalla encarnada que oscilaba mucho. Una luz rojo oscura danzaba en la pared de enfrente. Se asomó un poco más para distinguir al misterioso sujeto, y alcanzó a ver un trozo de ropa clara, blanca tal vez. en el alféizar de la ventana.

Luego un ruido desde bastante lejos, y el ocupante del cuarto número 13 pareció darse cuenta entonces de que estaba expuesto a miradas indiscretas; se retiró de súbito al interior, y la luz encarnada se extinguió. Anderson, que había fumado un cigarrillo, dejó la colilla en la ventana y se metió en cama.

Al día siguiente por la mañana le despertó la *stuepige*; traía una gran jofaina con agua caliente. Anderson se incorporó, y eligiendo con cuidado las palabras pronunció en danés:

—No debió usted tocar mi maleta. ¿Dónde está?

Como eso ocurría a menudo, la camarera se echó a reír y salió sin responder.

Anderson, irritado, saltó del lecho para ir en pos de la doncella para llamarla, pero de pronto quedose petrificado, con la mirada fija ante él. La maleta estaba en el taburete, exactamente en el mismo lugar donde la había dejado el mozo de equipajes el día de la llegada. ¡Qué gran desengaño par un hombre acostumbrado a ejercer con éxito sus dotes de observación! ¿Cómo pudieron burlarle sus sentidos la noche anterior? Sin embargo, así había sido.

La jornada le reservaba otras sorpresas. La habitación aparecía en sus dimensiones normales, y con sus tres ventanas; Anderson volvió a felicitarse por su elección. Mas al avanzar hacia la ventana del centro por ver si el tiempo era bueno, otro detalle imprevisto le hizo sorprenderse. ¡Cuán distraído estuvo la víspera! Habría sostenido *mordicus* que antes de acostarse había fumado un cigarrillo asomado a la última ventana, la de la derecha, y, no obstante, la colilla aparecía ahora en la del medio.

Salió de su cuarto para bajar a desayunar. Habíase demorado adrede, pero el ocupante de la habitación número 13 se retrasaba todavía más, pues sus zapatos aún estaban a la puerta. Levantó la vista y leyó el número: era el 14. Creyó haber rebasado la 13 por inadvertencia. Tres errores estúpidos en doce horas resultan imperdonables para un espíritu metódico y ordenarlo, así que volvió sobre sus pasos para asegurarse de que no se había equivocado. La habitación contigua a la suya era la 14, y la que él ocupaba, la 12. No existía la 13.

Tras haber dedicado algunos minutos a recordar lo que había

comido y bebido en las últimas veinticuatro horas, Anderson decidió a olvidarse del asunto. Si comenzaban a fallarle la vista o la memoria, habría otros medios de comprobarlo durante la jornada: de otro modo se convertiría en héroe de una interesante aventura. De todos modos, el encadenamiento de los hechos merecía cierta atención.

Prosiguió durante el día el examen de la correspondencia episcopal a la que me he referido de forma somera. Sufrió un gran desencanto al hallarla incompleta, pues solo había una carta relativa al asunto de Mag Nicolas Francken. Era del obispo Jørgen Friis, e iba dirigida a Rasmus Nielsen.

“En vista de que no aprobamos el caso que desea plantear ante nuestro tribunal, y de que estamos dispuestos, si es preciso, a combatirle hasta el último extremo si llega la ocasión; y habida cuenta de que nuestro leal y bien amado Mag Nicolas Francken, contra quien ha osado usted desatar acusaciones falsas y malignas, se ha visto súbitamente arrebatado a nuestro afecto, es evidente que, por esta vez, el asunto queda finiquitado. En cuanto a sus declaraciones de que el apóstol y evangelista San Juan, en su divino Apocalipsis, describe a la Bestia Escarlata, sepa, bien que...”

Pese a sus investigaciones, Anderson no pudo hallar ninguna explicación a la forma en que se produjo el “arreglo” del *casus belli*. Supuso, pues que Francken murió repentinamente, pues sólo mediaban dos fechas entre la última carta— y la del obispo.

Por la tarde, Anderson giró una rápida visita a Hald y tomó el té en Baekkelund. Si bien se notaba un tanto nervioso, no observó la menor turbación de vista ni de la memoria, como el incidente de la mañana le hiciera temer.

A la hora de cenar encontrose en la mesa junto al dueño del hotel. Después de cambiar algunas frases sin importancia, Anderson preguntó al hotelero:

—¿Por qué razón no existe el cuarto número trece en la mayor parte de los hoteles de este país? He notado que tampoco lo tiene éste.

El hombre le miró sonriente.

—Es curioso que se haya dado cuenta. A decir verdad, he pensado en ello más de una vez. Un hombre instruido no tiene por qué hacer caso de creencias de épocas pretéritas. Cursé los estudios en el Instituto de Viborg, y recuerdo que uno de mis profesores atacaba siempre este género de superstición. Hace mucho que ha muerto; era un hombre perfecto, tan hábil con las

manos como con el cerebro. Imagino a mis condiscípulos, en un día nevado...

Su mente fue en busca de los recuerdos infantiles.

—En resumen —dije—, ¿cree usted que no existe razón fundada para omitir el número 13?

—Ninguna. Mi padre me enseñó el oficio; en un tiempo dirigió un hotel en Aarhus, y luego, al nacer yo, se trasladó a Viborg, su ciudad natal, donde permaneció al frente del "Fénix" hasta su muerte, acaecida en 1876. Yo hice mis primeras armas como director en Silkeborg, y luego compré este hotel hace dos años.

Se extendió en detalles acerca de los beneficios de la industria hotelera, y del estado de las cosas cuando se hizo cargo del establecimiento.

—¿Existía el cuarto número 13 al adquirirlo usted?

—No. Iba a decírselo. Ya comprenderá que en un hotel como éste, la clientela comercial es con mucho la más importante. ¿Cómo ofrecer el cuarto número 13 a un viajante? Preferirían dormir al raso. A mí no me importaría el número de mi habitación, como he dicho repetidas veces a mis parroquianos, pero todos dicen que el 13 es un número que trae mala suerte. Pero cada uno se sale con su historia a propósito, de gentes que han dormido en una habitación de tal número, y que luego jamás se han vuelto a encontrar a sí mismos, que han perdido a sus mejores clientes en poco tiempo, o que..., ¡qué sé yo! —concluyó, sin duda por no acertar con la frase brillante que buscaba en su cerebro.

—Entonces, ¿para qué sirve el cuarto número trece en este hotel? —preguntó Anderson, experimentando cierta angustia que no justificaba la importancia de la cuestión.

—¿La habitación número 13? —repuso asombrado el hotelero—. Ya le he dicho que no existe; creí que se había percatado. De haberla, estaría junto a la suya.

—Así es, en efecto, y, sin embargo, creo haber visto la otra tarde una puerta con el número trece. Estoy seguro de no haberme equivocado, pues ayer mismo la volví a ver.

Naturalmente, Mr. Kristensen se echó a reír, tal como había previsto Anderson, afirmando que no existía la habitación número 13 en su hotel y que, a su entender, no la hubo jamás.

Anderson quedó algo satisfecho con las razones del hotelero, pero la duda persistía en su ánimo. Pensó que el mejor modo de probar que no había sido víctima de un alucinación sería invitar al dueño para que subiera a su cuarto, un poco más tarde. Algunas fotografías de ciudades inglesas y un buen cigarro puro serían un

buen pretexto.

Mr. Kristensen sintiose halagado por la invitación, y la aceptó encantado. Convinieron en reunirse a las diez, y Anderson, que tenía algunas cartas para contestar, se retiró a su cuarto. Le daba vergüenza admitirlo, pero le inquietaba el asunto del cuarto número 13, a tal punto que se dirigió a su habitación pasando ante la número 11, evitando el lugar donde debía estar el cuarto número trece. Inspeccionó su habitación con cierta desconfianza, pero no descubrió nada sospechoso, de no ser que parecía algo más pequeña que durante el día. No podía tratarse de la maleta que él mismo desembarazó de su contenido, depositándolo sobre el lecho. Hizo un esfuerzo de voluntad y decidió no acordarse más del cuarto número trece. Inspeccionó su habitación con cierta desescribir.

Sus vecinos no tenían nada de ruidosos. De vez en cuando se abría una puerta en el corredor, y se oía el choque violento de unos zapatos al ser arrojados al suelo, o bien se escuchaba el canturreo de algún viajante de comercio. Fuera, una carreta marchaba estrepitosa sobre el pavimento, y los pasos de algún transeúnte rezagado arrancaban sordos golpes a las losas de la acera.

Anderson terminó de escribir las cartas, pidió un whisky con soda, y luego se encaminó a la ventana dispuesto a contemplar la vieja pared frontera y las sombras que en ella incidían.

Si no recordaba mal, el cuarto número 14 lo ocupaba un abogado, persona austera que hablaba muy poco durante las comidas, siempre absorto en la lectura de unas hojas que tenía junto al plato. Sin embargo, debía tener la costumbre de relajarse, pues de no ser así, ¿por qué bailaba estando en su habitación? La sombra que se proyectaba en el muro de enfrente así lo demostraba bien a las claras. Una silueta esbelta se dibujó nuevamente en la pared; los brazos se agitaron y una pierna se levantó con sorprendente agilidad. Esa persona debía bailar descalza, o bien el parquet era de gran solidez, puesto que no trascendía el menor ruido. ¡El señor Anders Jensen bailando a las diez de la noche en la habitación de un hotel! Sería un buen tema para una pintura histórica de gran estilo.

Los pensamientos de Anderson, lo mismo que los de Emilio en "Los misterios de Udolfo" se "ordenaron a sí mismos" del siguiente modo:

Cuando regreso al hotel

a las diez de la noche
la gente me cree angustiada
y acude a ver qué pasa.
Cuando cierro la puerta
dejo los zapatos fuera
y me pongo a bailar, a bailar
de modo que los vecinos, airados
me desean la muerte.
Pero yo bailo y bailo
hasta perder el aliento,
pues no hay más ley que la mía
y me burlo de la gente...

De no haber llamado al dueño en aquel momento, este poema se alargaría de un modo interminable a los ojos del lector. A juzgar por la expresión de asombro que se pintó en el semblante de Mr. Kristensen, se diría que le extrañó, lo mismo que a Andersen, el aspecto insólito de la habitación. Pero se abstuvo de exteriorizar el menor comentario. Se mostró vivamente interesado en las fotografías que sirvieron de excusa a numerosos comentarios autobiográficos. Se podría preguntar de qué modo derivó la conversación sobre el cuarto número 13, si él abogado no se hubiera puesto a cantar de repente, "y de tal manera, que daba la sensación de estar ebrio o de haberse vuelto loco de atar. Su voz era aguda y desafinada, como la de quien lleva mucho tiempo sin ejercitarla. Escalaba hasta los tonos más altos, para caer de repente en un gemido similar al del viento en una chimenea, o al órgano que pierde el fuelle. Era un sonido verdaderamente horrible, y Anderson se dijo que, de haber estado solo, habría huido para buscar refugio en la habitación de cualquier otro huésped.

El dueño se quedó unos minutos sin abrir la boca.

—No comprendo nada de esto —murmuró al fin, secándose la humedad de la frente con un pañuelo—. Es espantoso. Ya lo he oído otras veces, pero creí que se trataba de un gato.

—¿Está loco? —preguntó Anderson.

—Por lo visto. ¡Es lamentable! Es un buen cliente, triunfa en sus negocios y es padre de varios niños.

En este momento, alguien golpeó la puerta con gran impaciencia, entrando en el cuarto sin obtener permiso. Era el abogado, envuelto en una bata, y revuelto el cabello. Parecía furioso.

—Perdón, señor —se excusó—, pero le agradecería que me explicase...

Se interrumpió al comprender que ninguno de los dos caballeros presentes eran responsables del alboroto. Tras unos instantes de silencio, el guirigay volvió a dejarse oír, esta vez con redoblada violencia.

—¡Pero, en nombre del Cielo! ¿Qué significa todo esto! —exclamó—. ¿De dónde viene este jaleo? ¿Es que me he vuelto loco?

—Sin duda alguna, señor Jensen, el ruido venía de su cuarto. ¿No habrá algún gato u otro animal atrapado en la chimenea?

Anderson comprendió que sus palabras eran inútiles, pero lo juzgó preferible antes de guardar silencio, escuchar la horrible voz y contemplar el semblante lívido y estupefacto del dueño, que sudaba copiosamente, asido a los brazos del sillón.

—Imposible, imposible —dijo el abogado—. No hay chimenea. He venido a este cuarto porque pensé que el ruido venía de aquí. Tal vez haya sido en el otro.

—¿No hay otra puerta entre su cuarto y el mío? —inquirió Anderson con impaciencia.

—No, caballero —respondió Jensen con sequedad—. Al menos hasta esta mañana.

—¡Ah! ¿Y esta noche?

—No estoy muy seguro —manifestó dubitativo el abogado.

De pronto, la voz que cantaba o gritaba en la habitación vecina se interrumpió, y alguien emitió una especie de carcajada sardónica. Los tres hombres se estremecieron. Luego, el silencio absoluto.

—¿Qué tiene que decir a eso, señor Kristensen? —preguntó el abogado.

—Señor —repuso Kristensen—, estoy en la misma situación que ustedes. No saben lo que daría por no volverlo a oír nunca más.

—Lo mismo digo —coreó Jensen. Murmuró algo ininteligible, aun cuando Anderson creyó entender las últimas palabras del salmo *omnis spiritus laudet Dominum*.

—Propongo que hagamos algo los tres —apuntó Anderson—, Visitar el cuarto vecino.

—¡Pero si es el del señor Jensen! —gimió el propietario—, Y acaba de salir de él.

—No estoy muy seguro —dijo el aludido—. El señor tiene razón. Vayamos.

Las únicas armas defensivas de que disponían en aquel momento eran un bastón y un paraguas. Los componentes de la pe-

queña expedición se congregaron en el pasillo, no sin cierto temor. Flotaba un silencio mortal; debajo de la puerta vecina se filtraba un rayo de luz. Anderson y Jensen se acercaron. El último dio un giro a la manija y dio un vigoroso empujón, pero en vano; la puerta resistió el embate.

—Señor Kristensen —dijo Jensen—, será mejor que llame a varios de sus empleados, los más fornidos que tenga. Conviene aclarar esto cuanto antes.

El hotelero asintió y se fue en busca de sus hombres, contento de alejarse del campo de operaciones. Jensen y Anderson permanecieron inmóviles ante la puerta.

—Véalo usted mismo; es el número 13 —dijo Anderson.

—En efecto —comentó el interpelado—. Y ahí está la puerta de mi cuarto, y allá la del suyo.

—Mi cuarto tiene tres ventanas durante el día —manifestó Anderson, reprimiendo una risita nerviosa.

—Y el mío también —informó el abogado, mirando a Anderson. Luego se volvió de espaldas a la puerta.

En aquel instante la puerta se entreabrió, asomando un brazo que se abatió sobre sus espaldas.

Envolvía el brazo una tela harapienta, y la piel que asomaba entre las roturas aparecía cubierta de largos pelos grises. Lanzando un grito mezcla de aversión y terror, Anderson tuvo el tiempo justo de arrancar a Jensen de la presa de aquel brazo. La puerta se cerró inmediatamente y se oyó una risa ahogada, en el interior del misterioso cuarto.

Jensen, que no había visto nada, escuchó atento las explicaciones que le daba Anderson acerca del riesgo que acababa de correr. Seguidamente se puso a temblar y sugirió abandonar las investigaciones y encerrarse en uno de ambos cuartos.

Pero en eso aparecieron el dueño del hotel y dos de sus empleados, en cuyos semblantes se reflejaba la preocupación. Jensen, en un torrente de palabras, les puso al tanto de los últimos acontecimientos, lo cual no contribuyó en modo alguno a serenar los ánimos.

Los hombres depusieron las hachas que llevaban, manifestando su intención de retirarse de inmediato, pues no estaban dispuestos a exponer el pellejo en semejante antro de horror. El dueño, más nervioso cada vez, titubeó, comprendiendo que si no se atajaba el peligro, su negocio acabaría por hundirse; al propio tiempo se declaraba incapaz de resolver el misterio con sus solas fuerzas. Anderson, en un relámpago de genio, acertó a pulsar la